

VII

MI PROFESIÓN Y VIDA ÍNTIMA.

DURANTE aquel tiempo mi Amado preparó las antorchas del casto himeneo, el velo de las vírgenes que había de poner sobre mi frente, y el tálamo santo en que había de recibirme por suya, mediante mi solemne juramento de pertenecerle para siempre. Yo buscaba aromas y perfumes para El y quemaba en el incensario de mi corazón inciensos olorosos para perfumar la estancia y formar alrededor de su trono aromática nube que templara el resplandor de su gloria deslumbradora. Mi alma rebosaba de júbilo á medida que se acercaba el día de mi deseada profesión.

Llegó, y con ella el instante venturoso en que había de morir para el mundo y vivir sólo para Dios. Me tendieron sobre un paño negro, como si en realidad fuera un cadáver: y, mientras se celebraban aquellas misteriosas exequias, la campana tocaba á muerto y mis hermanas cantaban himnos de triunfo y cánticos de gloria. ¡Qué contraste tan sorprendente! De parte del mundo llegaban á mis oídos ecos de muerte, lamentos y gemidos de dolor; de la parte de Dios, ecos de

vida, aclamaciones y cánticos de alegría. ¡Era natural! Estaba muriendo para el mundo y naciendo para la Religión.

Me levanté como un muerto que resucita á nueva vida; renuncié al mundo, sus pompas y vanidades, pronuncié mis votos y me uní para siempre á mi Amado con triple lazo indisoluble.

Todo era en torno mio contento y alegría; enagenada de gozo no sabía si estaba despierta ó soñando, dormida ó desvelada en uno de esos éxtasis divinos en que el alma no sabe darse cuenta de sí misma. Lo que sí recuerdo es que entonces venían á mis labios estas palabras misteriosas de la Esposa de los Cantares: "Mi Amado para mí y yo para mi Amado."

¿Te acuerdas, Esposo mio, de aquel día que nos unimos para siempre con el indisoluble lazo del amor, con aquellas tres amorosas cadenas que lo hacían más fuerte que la misma muerte? ¡Con qué firmeza pronuncié aquellas palabras, de rodillas, las manos juntas, al pie del altar: *¡Todo el tiempo de mi vida! ¡hasta la muerte!...*

¿Cómo fué posible que al caer aquel denso velo sobre mi rostro, cual si fuese la losa de un sepulcro, no muriese al punto de júbilo y de amor? Y ¿cómo fué posible, Jesús de mi alma, que después de tanta dicha fuera yo remisa en quererte ó me entibiara en tus amores? ¡Y lo fui! ¡confieso mi ingratitud! El frio de la tibieza secó algunas flores de mi jardín; y voy á confesar mis faltas para confusión mia y escarmiento de las que lo lean.



VIII

DE CÓMO CAÍ EN LA TIBIEZA.

Tanto beneficio por tu parte la justicia y la razón pedían que yo ¡oh Dios mio! correspondiera por la mía, con un amor eterno y un sacrificio constante. Pero ¿dónde está la constancia de la criatura?

Durante algunos años mi alma fué para tí jardín ameno de galanas y perfumadas flores, plantadas por tu mano y regadas con tu gracia. Ese jardín debió estar siempre lozano y hermoso, lleno de flores y cargado de frutos para tí; y sin embargo, recuerdo con pena que vi mustias sus flores, amarillas sus plantas y encaracoladas sus verdes hojas.

¿Qué le pasaba á mi jardín? ¿Lo quemaba acaso el sol abrasador? ¿Lo rendía el calor de un verano ardiente? ¡No! Vergel que tiene abundante riego jamás perece por exceso de calor. Los fríos del invierno son los que le dañan; los vientos helados son los que lo secan y matan.

El fervor de espíritu y el ardor de los divinos amores no es lo que suele dañar á las almas religiosas:

á veces los vientos de la disipación y el hielo de la tibieza son los que secan estas flores de las virtudes, inclinándolas al suelo que les sirve á un mismo tiempo de lecho y de sepultura.

¡Qué insensiblemente, con qué lentitud, pero de qué modo tan certero se apodera del alma la tibieza! Hoy es una falta de silencio que se comete con temor: mañana un poco de pereza y de indolencia en el servicio divino; luego el abandono de ligeras mortificaciones; después los descuidos en la oración; tras de esto la disipación de espíritu que va alejando lentamente á Dios del alma, ocultándose por fin y dejándola privada de su luz y su calor, como nos deja el sol cuando se oculta tras gigantescas cordilleras ó entre las ondas del mar.

Así te ocultaste á mis ojos ¡oh Jesús del alma! y ésta quedó en oscuridad y perdió poco á poco su alegría, su quietud y la paz que disfrutaba mientras te fué fiel. Una tristeza lenta, pero profunda como el silencio del sepulcro, se apoderó de mi pecho, que arrojaba hondos suspiros al aire y enviaba á mis ojos raudales de amargas lágrimas: era que mi corazón sentía ya los estragos de la tibieza.

Un día de retiro miré despacio el jardín de mi alma y vi con dolor que las ortigas se habían apoderado de él, sofocando por completo las flores que en otro tiempo perfumaron el ambiente. Extendí mi mano para arrancar aquella maleza, y.... ¡cobarde de mí! al sentir las punzadas de sus menudas espinas y el escozor que producían, desistí.... y dejé que convirtieran en erial el jardín de mis amores.

Más de una vez lloré al verlo así, como llora el niño enfermo que ama la salud y se resiste á tomar las medicinas; y, mirándolo, me acordaba de Jesús y decía para mí: Él es Cordero divino que entre lirios se

apacienta: ¿cómo ha de venir á este corazón ingrato que sólo ortigas produce? Y transida de penas lloraba sobre mi alma como el Profeta sobre las ruinas de Jerusalén.

Por entonces enfermó una de mis hermanas, y puesta en el último trance de su vida, vino el Dios de la Eucaristía á visitarla. Yo salí á recibirle, como las vírgenes necias, con mi lámpara apagada, y me arrodillé junto á la mesa, al pié del Copón bendito, que con mágico poder me arrastraba hacia sí. Al través de mi velo fijé en él una mirada compungida y ardiente, con la cual ¡oh Jesús mio! te quería decir estas palabras: ¡Cuánto te debo! y ¡cuán mal te pago! ¡Cuánto me amas! y ¡cuán mal te correspondo!

Lágrimas ardientes acudieron á mis ojos: mi corazón estuvo á punto de estallar en explosión de sollozos y gemidos, y tuve que huir á la soledad para que no conocieran la agitación de mi alma. Pero en vano busqué alivio en la soledad de mi celda, porque aquella noche me oprimían sus paredes, y tuve que salir al patio á respirar el aire puro y contemplar el cielo estrellado.

Allí, temiendo hablar con Dios, hablaba conmigo misma diciendo: Yo no puedo vivir así. Yo no puedo tirar de este modo por más tiempo. Alma mia, tú no vas á pensar ya más que en Jesús. Corazón mio, tú no vas á palpar ya más que por Él. ¡Fuera tibieza, que voy á servir ya á Dios con fidelidad! Y así me lo propuse.... pero ¡ay de mí! al otro día falté á mis propósitos y continué en mi vida tibia.

La tibieza es un gusano que poco á poco va royendo la raíz del árbol, hasta dejarlo sin vida, si antes no le dán á él muerte. Es una pendiente resbaladiza en la que, si ponemos el pie y damos un paso, no se sabe dónde iremos á parar. Por esa pendiente rodó mi

alma, y aun siguiera dando tumbos por ella ¡oh Jesús mio! si tu mano generosa no me hubiera detenido á tiempo.

Ligero bajel surcaba las rizadas olas del mar, cargado de preciosas mercancías: por entre las junturas de sus tablas comenzaron á filtrarse pequeñas gotas de agua; la fuerza del elemento, trabajando sobre la imperceptible abertura, convirtió las gotas en diminuto hilo de agua, casi invisible á los ojos: aquel hilo acrecentó el agujero, y cuando lo vinieron á notar el bajel se inundaba y zozobraba, y se hubiera sumergido si una mano experta no lo desocupa y tapa la peligrosa abertura.

Esta barquichuela he sido yo: yo, que cuando más esmero debía poner en servir á mi Esposo y mi Dios con toda fidelidad, comencé á no hacer caso de cosas pequeñas, á despreciar los temores de mi conciencia, á desoir las inspiraciones de la gracia, á negarle á Dios los pequeños y diarios sacrificios que Él me pedía, hasta que lo alejé de mí, y dejé abierta en mi alma la entrada á las aguas de la relajación, que penetraron en ella y casi la hicieron zozobrar. ¡Ay de mí! Este bajel se hubiera sumergido en el mar amargo de la culpa si una mano experta y bondadosa no desaloja aquellas aguas y cierra aquella abertura. ¡Con qué confusión lo escribo!

Joven incauta, necia y loca, corrí por los verdes prados de mis antojos é infidelidades hasta llegar á caer en oscuro y seco pozo; porque no tenía aguas no me ahogué, que de tenerlas.... ¡infeliz de mí!

Pero si las aguas de la iniquidad no me ahogaron, estuve á punto de perecer por consunción en el pozo de la tibieza. ¿Cómo no bendecir la mano que me sacó de él? ¿Cómo no llorar el tiempo que en él estuve metida?

Desde el profundo abismo de mi pasada miseria clamo á tí ¡oh Dios mio! para darte gracias por tus favores y dolerme de mis ingratitudes. ¿Cómo pude entibiarme en tu servicio? ¿Cómo vivir sin tí? Á tí, que estás siempre á mi lado, cual amantísimo Esposo, ¿cómo pude mirarte cual se mira á un amo ausente? ¡Perdón, Señor! ¡Perdona á la ingrata que no supo nunca corresponder á tus amores!



IX

DE CÓMO ME LEVANTÉ.

CAÍDA estaba en el abismo de la tibieza, y desde el profundo clamaba á tí ¡Dios mio! pidiéndote salir de él. Como oveja perdida, despeñada en un barranco y enredada entre las zarzas, así estaba mi alma, sin poderse valer, expuesta á ser víctima del lobo. ¿Quién había de decirme que tú mandarías para sacarme de tal estado al zagal, cuyos cánticos de amor divino eran las delicias de lejanos valles? Nunca el viento me había traído el eco de su voz á causa de la distancia; pero sí había leído sus cantares al Angel de la Pureza y al Dios de la Eucaristía; y tú me lo enviaste, y me hiciste oír su voz, y me lo diste por guía y por hermano, por Padre y por amigo.

Alma que te ves como yo me ví: si deseas salir de tan triste estado, pide al Señor un guía fiel, que quien lo halla, halla un tesoro escondido; y cuando lo hubieres hallado, escúchalo como enseña San Francisco de Sales: esto es, "como á un angel bajado del cielo, para guiarte á él. Has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal sin fantasía ni disimulación; y por este medio tu bien será examinado y más seguro

y tu mal será corregido y remediado: hallarás te aliviada y fortificada en tus aficciones, moderada y reglada en tus consolaciones. Pondrás en él una gran confianza, mezclada de una sagrada reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza, y que la confianza no estorbe á la reverencia; confía en él con el respeto de una doncella para con su Padre; respétale con la confianza de un hijo para con su Madre. En fin esta amistad ha de ser firme y dulce, santa, sagrada, divina y espiritual, que no dejará de serlo, si es Dios quien te lo envía..,

Tú me lo diste á mí ¡oh Jesús mio! mucho mejor de lo que yo supe rogártelo: ¡al fin como dado por tí! La primera vez que oí su voz de fuego parecíame, vida mía, que te quejabas junto á la reja dulcemente de las ingraticudes mías; y á medida que sus palabras penetraban en mi oído, sentía yo allá en el fondo de mi pecho que la indiferencia y frialdad para contigo se desvanecía y desaparecía de mi corazón, como desaparece la nieve de las montañas cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre ella. Entonces te prometí ser tuya, solo tuya, toda tuya y siempre tuya. Tuyos los latidos de mi corazón, tuyos mis pensamientos, tuya mi vida, tuya mi alma, tuya mi voluntad, tuyo mi ser; y hasta hoy lo he cumplido.

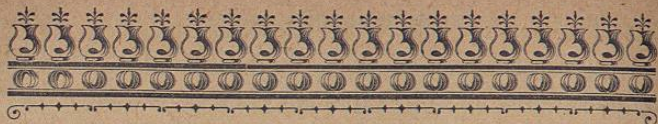
Mas ¡ay! ¿por qué no me diste á entender antes que querías todo eso de mí, Jesús de mi alma? Es verdad que tú me llamabas y yo lo sentía; algunas veces cuando entraba en el coro me parecía oír un gemido que salía del fondo de tu Sagrario, como quejándote del olvido en que te tenía, y yo te contestaba con suspiros y con lágrimas. Otras veces me iba de noche á la ventana del claustro y allí, asomada, con los ojos fijos en el cielo y vertiendo dulces lágrimas te decía lo que sólo tú sabes. Quería volar á tí y no sabía cómo,

porque me faltaban las alas y no tenía quien me llevara: necesitaba un angel que me guiara, un Padre que me llevara de la mano á los brazos de mi Esposo.

Y vino ese angel ó ese Padre por tí enviado, y desde entonces he corrido hacia tí con la velocidad del rayo, desasida de todo, atropellándolo todo, sacrificándolo todo.

Y desde entonces, ¡ay Jesús mio! desde entonces parece que mi alma ha sido levantada ó llevada á una región donde, fuera de tí, no existe nada, ni se desea nada, ni se teme nada sino es perderte y desagradarte. Y mi voluntad y mi genio, como heridos por un rayo, han dejado de existir. Y mis potencias están en silencio, confusas, asombradas de ver que has obrado en mí misterios de amor.

¿Y mi corazón? Vivía sin tí como tórtola sin nido, y ahora.... ya encontré el nido de mis amores; pero esto merece párrafo aparte.



X

EL NIDO DE MIS AMORES

NUNA de las cosas que me reveló el varón de Dios fué mi destino en esta vida; él me enseñó ¡oh Jesús mío! á ser tu paloma y á vivir contigo en el Sagrario. Antes de conocerlo andaba yo errante, como la mariposa en el jardín, como la tórtola en el bosque, sin nido y sin compañero; pero desde que me habló ¡cuán otra soy! Te hallé á tí, y tengo nido en tu Sagrario.

¿Y quién había de pensar que el Tabernáculo era el nido de mi corazón? ¿Quién había de pensar que aquel era el lugar de su reposo y el sitio de su descanso? ¡Ay, Jesús de mi alma! desde que allí habita tiene la alegría de un jilguero que se mece cantando sobre el pimpollo de un árbol querido; pero dime, encanto mío, ¿quién había de pensar que la libertad de este corazón consistiría en estar encerrado contigo en el Sagrario y unido á tí con amorosísima cadena y suavísimos grillos? Donde quiera que me encuentre se hace patente á mis ojos nuestra prisión, y, como si su puerta fuese

de transparente cristal, te veo y me veo; entonces doy un suspiro y una sonrisa de felicidad aparece en mis labios, viendo á mi corazón con los ojos de mi alma, reposando tranquilo al pié de tu Copón.

Podrá caber ya en este corazón algo que pertenezca á la tierra? No; porque no habita en ella, no pertenece á ella. Pero á pesar de habitar allí contigo, ¿qué es lo que este corazón desea? ¿qué es lo que este corazón ansia? ¿Sabes tú, vida mía, lo que este corazón desea? Lo que desea con afán es perderse y transformarse; perderse en tí como se perdería una gota de tinta en las inmensidades del Océano? Y tú, vida de mi alma, no quieres que me pierda y me transforme en tí? Sí, bien mío; tú lo quieres y yo lo deseo cada vez más. Empieza, pues, á derramar sobre mi alma tus misericordias, que yo te corresponderé amor con amor, sacrificio con sacrificio, cruz con cruz. ¡Jesús de mi alma, no tardes! que pueda yo decir muy pronto: "*Mortua sum, et vita mea abscondita est cum Christo in Deo.*"

¿Temes acaso que vuelva á serte infiel? ¡Ah! ¡no, nunca más! Te lo prometo, te lo juro, Amado mío. Antes, todo se podía esperar de aquel corazón que parecía un mar de ingratitudes para tí; sí, todo se podía esperar de él; pero aquél corazón que se hacía sordo á tus dulces llamamientos ha muerto.... ¡Sí, ha muerto! Y resucitando después á nueva vida y transformado por completo, no vive nada más que para tí, no palpita nada más que para tí, no piensa nada más que en tí. ¿Y temes, gloria mía, que este corazón te abandone, cuando no puede vivir ya de otro modo?

Mas ¡ay! que en estos momentos en que traslado al papel los sentimientos de mi alma, me asalta también una duda.... un recelo.... un temor.... que viene á atormentarme, como un negro fantasma, como una densa

nube que oculta el sol de mi felicidad. Tengo, vida mía, atravesado en mi corazón, como una flecha emponzoñada que me maltrata, que me entristece y que enturbia las que debieran ser serenas horas de mi vida. Tú ya sabes lo que es: ¡mi iniquidad! ¡mis culpas!....

¡Yo he sido para tí Herodes! ¡yo Judas! Por eso, cuando coloco tu imagen en mi regazo y la contemplo, páreceme que oigo estas palabras: ¡Cuántas espinas has puesto con tus manos en esta frente! Cuando acerco mis labios á tu herido Corazón, oigo también allá en el fondo de mi alma la misma dolorosa voz que me dice: ¡Tú empuñaste aquella lanza! Si beso tus pies y tus manos, siempre la misma voz me repite: ¡Cuántas veces has remachado tú estos clavos! ¡Qué pena!.... entonces lloro sobre tí, complaciéndome en ver caer mi llanto gota á gota sobre tu herido Corazón, pareciéndome que lloras conmigo. Y viéndome precisada á limpiarte con la toca para que mi llanto no te manche, echo después una mirada sobre ella y la toca parece que me dice: ¡amor!, el hábito ¡amor!, la celda ¡amor!, todo ¡amor!

¿Pero á qué evocar estos dolorosos recuerdos cuando más goza mi alma? Quitame, vida mía, quitame esta flecha que traspasa mi corazón de parte á parte, ó manda á esta nube que se disipe, siquiera en estos momentos en que mi alma contigo se recrea... ¡Vida mía y Esposo mio! yo te haré olvidar con mis amores aquel tiempo perdido. Borra tú del libro de mi vida esos años infelices, que yo me pasaré los que aún me resten, llorando mis últimas rebeldías, mis últimas ingratitudes. ¡Sí, Jesús de mi alma, las últimas! De aquí en adelante viviré sólo para tí; y tu amor y sólo tu amor será el blanco de mis deseos y el objeto de mis pensamientos.

¿Y por qué no lo fuiste siempre? ¿Por qué cuando formaste mi corazón su primer latido no fué para tí? ¿Por qué, cuando la luz de la razón vino á iluminar mi mente, no fué su primer pensamiento para el Dios escondido en el Sagrario? ¿Cómo viví largos años fuera de ese cielo de la tierra? ¿Tendré yo lágrimas bastantes para llorar mi tiempo perdido? ¿Tendrá mi corazón latidos abundantes para recuperar el tiempo en que no te amé, oh amor Sacramentado?

¡Sí, Dios mio, sí! Yo doblaré los latidos de mi corazón: yo acrecentaré su ternura, multiplicaré su vehemencia, aumentaré su fineza y lo encerraré en tu tabernáculo para hacerte continua compañía con los ángeles del cielo

¡Dejadme paso libre, espíritus angélicos! ¡Abridme esa prisión, donde mora por mí el Amado de mi alma! ¡Dejadme llegar hasta él y tomar posesión de lo que es mio! ¡Este lugar no os pertenece porque es mi heredad! ¡La mansión de los ángeles es el cielo: idos allá! ¡El Sagrario es el nido de las palomas amantes, dejadlo para nosotras! ¡No se quedó en la tierra por vosotros, sino por mí! No se ocultó en el Sagrario para sus ángeles, sino para sus siervas. Dejadme, pues, lo que es mio: dejadme el lugar que me corresponde, que

Mientras él sea
mi prisionero,
su carcelero
será mi amor.

Y si os queréis quedar aquí, quedáos enhorabuena; pero en segundo lugar, para adorarlo conmigo y conmigo amarlo por los ingratos que no le aman.

¡Ay, amor mio Sacramentado! á tí vengo como ciervo sediento á la fuente cristalina; déjame apagar

en tí la sed de amor que me martiriza. A tí vengo,
como paloma amante; déjame que te adormezca con
amorosos arrullos,

Pues te amo tanto
que de amor muero;
mas ¡ay! yo quiero
quererte más.

Quiero posarme dentro del Sagrario, y allí repo-
sar tranquila, como avecilla que duerme con la cabeza
bajo el ala en el nido de sus amores.



XI

MI CIELO EN LA TIERRA



ESTE cielo, después del sagrario, es la soledad
de mi convento, aunque parezca burlería y
paradoja á las jóvenes bulliciosas del mundo. ¿Creen
ellas que la estrechura de una celda, el ambiente de un
coro, un claustro sombrío, los largos corredores, un
patio y un huerto solitarios no tienen encantos ni
atractivos? ¡Pues se engañan! que para mí (la más po-
bre entre las vírgenes á Dios consagrada) la soledad
es un cielo con sus ángeles y sus estrellas. Cada paso
que oigo en los corredores, cada suspiro que resuena
en el claustro, cada flor que crece en el jardín, me en-
canta, me enternece y llena de embelesos mi existen-
cia. Me faltan palabras para expresarlo, y sólo puedo
dar idea de ello diciendo que en la soledad ando tan
absorta y embebida, que á veces me olvido de mi
cuerpo y casi no siento si lo tengo.

Grata me fué siempre la soledad del campo con
sus fuentes y arroyuelos, sus árboles y sus flores; pero
la soledad del claustro lo es mucho más, infinitamen-
te más! Aquella es soledad del cuerpo, ésta es del

alma; y en esta soledad las grandezas humanas se eclipsan; sus glorias pierden el brillo, su luz se disipa y fenece para dar lugar á otras luces mayores y más esplendorosas. Cuando aquí oigo ponderar los adelantos del siglo, las maravillas del arte ó los encantos de las que fueron mis compañeras, me río; y río porque al través de esos encantos, maravillas y progresos vislumbro vanidades, montones de ruinas, sepulcros, muerte y olvido.

¡Huid de aquí, seducciones del mundo! ¡Atrás, vanidades de la vida, que mi amada soledad no os pertenece! ¡Atrás, atrás! Os conjuro á que huyáis de aquí y no turbéis mi dulce reposo! En mi soledad reina la paz verdadera, y fuera de aquí no he visto más que la agitación, el afán, las congojas, la malicia, la arrogancia, la zozobra, el orgullo, la desesperación, el egoísmo, el odio y la lucha destrozando las almas nacidas para la paz. Fuera de aquí, todo lo turba la maldita sed del oro, y saciada ésta, la sed de placeres; y en pos de ésta la de mando y dominio con sus violencias é injusticias. Bendita sea mil veces la mano bienhechora que puso muro de división entre el mundo y mi soledad, entre el siglo agitado y mi tranquila clausura.

¿Y qué mano escribió en ella sentencias tan admirables? Médico de las almas debía ser el que entresacó de los libros santos los versículos que adornan mi morada, porque en ellos he hallado mil veces el alivio de mis males interiores, y han ofrecido ancho campo á las reflexiones de mi espíritu. ¡Oh cómo hablan al corazón! En los dormitorios dice:

Dormiré y descansaré en la paz del mismo Dios.

El buen descanso sale de la buena conciencia.

Ya velemos ya durmamos, delante de Dios estamos.

El hijo del hombre no tuvo donde reclinar su cabeza.

Lavaré mi lecho con mis lágrimas, y con ellasregaré la almohada en que me reclino.

En los corredores y claustros se leen éstas:

¡Oh dichosa soledad! ¡oh sola felicidad! Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: ellos te alabarán por los siglos de los siglos.

Muramos para la tierra y viviremos para el cielo.

En la entrada del refectorio dice:

No de sólo pan vive el hombre.

Si no dejas los placeres, ellos te dejarán á tí.

A Jesús en su sed horrible le dieron hiel y vinagre.

En los alrededores del coro hay expresiones de los salmos:

Te alabaré en presencia de los ángeles.

Cantad salmos al Señor.

Tú rompiste mis cadenas, y yo te ofreceré sacrificio de alabanza.

Cantaré eternamente las misericordias de Dios.

Cada puerta y cada tránsito tiene su sentencia, á cual más hermosa y consoladora; tanto, que en momentos de tristeza me basta traer á la memoria una de esas bellas inscripciones para sentir nacer en mi corazón raudales de ternura, de fortaleza, de júbilo ó de cualquier otro afecto que necesite el alma para poner en equilibrio sus nobles facultades. ¿No he de estar contenta con mi soledad? ¿No ha de ser ella mi cielo en la tierra?

¡Oh dichosa soledad!

¡Oh sola felicidad!